

Catecismo 1718 – 1719 LAS BIENAVENTURANZAS - El deseo de felicidad

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 1718:

Las bienaventuranzas responden al deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer:

Ese discurso de Jesucristo en el "sermón de la montaña" de las bienaventuranzas **responde al deseo natural de felicidad que tenemos todos.** No cabe decir: *¿Y a mí que me importa, eso que está predicando Jesucristo?*

Podemos decir que esa llamada a la felicidad eterna, no es un concepto extraño o ajeno a nosotros; no es fruto de una educación, tampoco son conceptos que se nos hayan inducido desde fuera, como si la religiosidad fuese una educación o cultura inducida artificialmente. El hombre **no es religioso porque le hayan educado a serlo**: el hombre es religioso por naturaleza.

Al crear Dios al hombre ha dejado inscrito en él un deseo de felicidad plena.

De hecho todas las culturas a lo largo de la historia de la humanidad han afrontado las mismas preguntas, aunque no hayan llegado a las mismas respuestas, pero sí que supone que la misma religiosidad parte de un deseo natural que todos tenemos de buscar una felicidad definitiva, algo que de sentido a nuestra existencia: *¿Por qué y para qué estamos aquí?*

Aquí se nos remite en el catecismo al punto 27:

El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar.

La famosa frase de San Agustín: **"Nos has creado, Señor, para ti, y mi corazón está inquieto hasta que no descanse en Ti"**.

La religiosidad no es algo distinto de, el deseo natural de felicidad plena. Y es necesario que se nos eduque para poder ver que detrás del "deseo de felicidad" está el "deseo de Dios".

Tantas personas que se plantean: *"no estoy satisfecho con esta vida, necesito algo más"*. En esa persecución de ese "algo más", buscamos satisfacer los deseos que tenemos: "un trabajo fijo, una casa en la playa, un ascenso en el trabajo..."; una vez cumplidos estos deseos, seguimos necesitando ese "algo más". Esta inquietud es lo que nos distingue a los hombres de los animales, entre otras cosas.

El animal queda "plenamente satisfecho" en la medida en que sus instintos son saciados, no está ese "algo más".

Es curioso, pero el hombre busca saciar esa "sed", en los bienes materiales, y en la medida que sacia esa "sed" por los bienes materiales, genera a su vez "más sed".

En una generación insatisfecha, como la nuestra, que sueña en el fin de semana, buscando la felicidad que no encuentra en el día a día. El caso es que llega el fin de semana, intenta exprimirlo con ansiedad, incluso con excesos de alcohol, o lo que sea. El caso es que llega el domingo a la noche y es la frustración en la búsqueda de ser feliz, es como cuando se nos escapa el agua entre las manos...: vacíos.

Víctor Frank (el famoso psiquiatra, fundador de la escuela de la logoterapia) decía que existen muchas "*neurosis de la almohada de los domingos*".

Lo curioso del hombre es que el deseo que tienen de felicidad es ***infinito; y el infinito no se puede saciar en esta vida***. Todo lo material es finito, es limitado. Es verdad que todo lo material atrae al hombre: "*Y vio Dios que era bueno...*". Pero esa bondad es limitada y no puede satisfacer el "deseo infinito de felicidad" que tiene el hombre, que es lo que Dios ha dejado inscrito en su interior.

Por todo ello las bienaventuranzas son la respuesta al anhelo más íntimo que tenemos de felicidad.

Se dice en este punto: **Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer.**

Esa conciencia que es como un "altavoz oculto" de Dios en la naturaleza humana. Dios nos habla: "*Tu vida va por mal camino, o por buen camino...*". Incluso cuando alguien está alejado, San Agustín en su libro "las confesiones", llega a decir –cuando se ha encontrado con Jesucristo- dice:

Cuando yo robaba, cuando yo era un joven que me faltaba moderación; yo en el fondo "buscaba la felicidad plena", aunque lo hiciese por caminos equivocados.

Yo la buscaba mal; en el fondo estaba buscando a Dios sin saberlo.

Cuando se equivoca y se mete en el mundo de la droga y busca ser feliz y busca una "satisfacción" en su vida, aunque él no lo sepa, él está buscando la felicidad plena, él está buscando a Dios.

Siente una gran insatisfacción y busca algo que le "llene". Detrás de esto, esta ese "deseo" de origen divino.

Por eso hay que tener "ojos de misericordia" para ver tantos comportamientos erróneos, que en el mundo ocurren: el hombre está buscando satisfacer plenamente esa necesidad de felicidad que tiene.

La clave está en que Jesucristo ha venido a descubrir que esa "insatisfacción" es fruto de que **el hombre tiene deseo de infinito.**

Pero cuando nos falta la luz de la revelación, a veces confundimos el deseo de felicidad, con "el déjate llevar por lo que te apetezca", confundiendo felicidad con facilidad, como ya hemos dicho antes.

Eso es un engaño: "el hambre y sed de felicidad que tenemos inscrita en nuestra naturaleza" no se puede saciar con la tendencia a la "facilidad".

Esa hambre y sed se sacia con la "fidelidad" en la búsqueda y en la entrega de eso que Dios ha puesto en nuestro camino; con la fidelidad a nuestra vocación concreta, a nuestra familia, a nuestro trabajo. Abrazando la cruz de cada día, será el cómo seremos felices.

La felicidad tiene un precio: la fidelidad.

Este es el drama de un hombre que quiere ser feliz y busca a tientas y necesita que Jesucristo le descubra "el cómo serlo".

En este punto se nos ponen tres textos:

«Ciertamente todos nosotros queremos vivir felices, y en el género humano no hay nadie que no dé su asentimiento a esta proposición incluso antes de que sea plenamente enunciada» (San Agustín, *De moribus Ecclesiae catholicae*, 1, 3, 4).

En esto "y sin que sirva de precedente" (como se dice popularmente) todos estamos de acuerdo. El hombre busca ser feliz. El tema es "el cómo", "el donde", "por qué caminos".

«¿Cómo es, Señor, que yo te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz, haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti» (San Agustín, *Confessiones*, 10, 20, 29).

San Agustín dice "el orden" para ser feliz. Lo que no podemos buscar la felicidad plena en lo carnal, en lo material, porque lo material es efímero, pasajero, -como dice el refrán-: "*Pan paro hoy, hambre para mañana*".

"El cuerpo vive del alma"; la felicidad hay que buscarla en lo espiritual (aunque lo material también será necesario, ciertamente). La satisfacción que nos proporciona lo material es efímera.

"Y el alma vive de Dios". El hombre no puede pretender una felicidad infinita, viviendo de lo finito. Solo Dios es capaz de saciar el hambre "infinita" que tiene el hombre de felicidad.

Esta es la paradoja, que siendo el hombre como es: finito, creado, limitado, "lo poca cosa que somos"; sin embargo, ha sido creado con un "hambre y una sed infinitas".

El hombre es un poquito de tierra, de barro; pero con un deseo de Dios infinito. Por eso San Agustín dice: **porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de Dios.**

Son las facultades del alma las que dan sentido a nuestra existencia.

Nuestra alma vive de Dios, porque somos imagen y semejanza de Dios.

«Sólo Dios sacia» (Santo Tomás de Aquino, *In Symbolum Apostolorum scilicet «Credo in Deum» expositio*, c. 15).

Solo Dios sacia, porque es el que ha inscrito esa llamada "a la infinitud que tiene el hombre".

Es verdad que el hombre es muy limitado en sus facultades, pero es "ilimitado" en sus deseos; y solo Dios es capaz de saciar ese "deseo".

Es totalmente gratuito, Dios no tiene ninguna obligación de saciar o de llenar el corazón del hombre; es más: **el hombre no tiene ningún derecho a poseer a Dios.**

Pero solamente poseyendo a Dios, es capaz, el hombre de satisfacer ese deseo infinito que tiene de felicidad.

Dios creo al hombre y dejo inscrito en su "naturaleza" ese deseo al infinito. Pero aunque ese deseo sea natural, **la consumación de ese deseo, eso no es natural, eso solo se puede satisfacer por un don sobrenatural y gratuito de la gracia.**

Punto 1719:

Las bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de los actos humanos: Dios nos llama a su propia bienaventuranza. Esta vocación se dirige a cada uno personalmente, pero también al conjunto de la Iglesia, pueblo nuevo de los que han acogido la promesa y viven de ella en la fe.

Aquí hay una referencia al punto 1950:

La ley moral es obra de la Sabiduría divina. Se la puede definir, en el sentido bíblico, como una instrucción paternal, una pedagogía de Dios. Prescribe al hombre los caminos, las reglas de conducta que llevan a la bienaventuranza prometida; prescribe los caminos del mal que apartan de Dios y de su amor. Es a la vez firme en sus preceptos y amable en sus promesas.

La ley moral prescribe los caminos que nos llevan a Dios y los que nos apartan de Él.

Es un paso más en la explicación de lo que es "el deseo de felicidad".

El deseo de felicidad es una "fuerza bruta" que tenemos todos dentro de nosotros. Un fuerza que debe ser encauzada.

Un ejemplo (al que le sirva que lo coja, y al que no que lo deje): Un vehículo al que se le ha puesto un motor muy potente; pero si a ese vehículo no se le pone unos buenos neumáticos, y el resto de accesorios habrán de ser resistentes, para que la fuerza de ese motor se pueda regular y además sea efectiva. En caso contrario puede ocurrir que la fuerza del motor sirva para lanzar el coche para que se estrelle.

A veces ocurre eso con los deseos de felicidad que tiene el hombre, que no sabe dónde buscar y se "estrella". Quien busca satisfacer esos deseos en la droga, -por ejemplo-, se estrella seguro.

Esa fuerza, ese deseo es **una fuerza bruta**, que alguien tendrá que educarla, regularla. La felicidad hay que buscarla no en el corto plazo inmediato.

Como dice aquí: *La ley moral es obra de la Sabiduría divina....// Es a la vez firme en sus preceptos y amable en sus promesas.*

Esas prescripciones para poder conducirnos y una serie de prohibiciones para evitar los daños.

Es un camino concreto donde encauzamos esa "fuerza infinita" del deseo de felicidad que tenemos todos dentro.

Esta es la llamada: "**educación moral del hombre**". Esa educación lo que hace es posibilitar que esa fuerza bruta de ese deseo infinito de felicidad este bien encaminado, y no se vuelva contra nosotros; que nonos autodestruyamos queriendo ser felices (eso puede ocurrir).

Es Dios el que nos "llama a la bienaventuranza", dice en este punto 1719; Dios nos llama a compartir con El su "vida feliz". Dios es feliz. Dios Padre, Hijo, Espíritu Santo es eternamente feliz. Él quiere compartir esa felicidad con nosotros.

Termina este punto diciendo:

Esta vocación se dirige a cada uno personalmente, pero también al conjunto de la Iglesia, pueblo nuevo de los que han acogido la promesa y viven de ella en la fe.

No se trata únicamente de "yo tengo que ser feliz", y los demás..."allá cada uno con lo suyo".

Yo voy a ser feliz insertado en una vocación "**común**" que tenemos en el conjunto de la Iglesia. Es cierto que ese deseo de felicidad es personal, pero también es verdad que Dios nos ha puesto a vivir en comunidad.

Cuidado con explicar la "moralidad" como "mi camino", "mi satisfacción personal"...

Dios ha querido que tengamos en el prójimo "puntos de referencia" de cómo ser felices.

Los demás son como pequeños espejos donde se refleja "algo" del rostro de Dios. Y son los otros los que nos enseñan también ese camino de la felicidad que deseamos.

Lo dejamos aquí.